

# EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias: 20 rs. al mes y 60 por trimestres en casa de los comisionados, y 12 rs. al mes y 36 por trimestres en la administración.—En el extranjero: 30 rs. trimestre.—En Ultramar: 20 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICIÓN.—Madrid: En la Administración, calle de Silva, núm. 49, entresuelo, y en las librerías de la Publicidad, Olamendi, Lopez, Payll-Bailliere, Cuesta y Lizcano.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.

## ADVERTENCIA.

Los señores suscritores de provincias cuyo abono concluye en 31 del presente mes, se servirán renovarlo oportunamente si no quieren experimentar retraso en el recibo del periódico.

No se admite otra clase de sellos que los de franqueo ó certificado de cartas, y la administración sólo responde del recibo de los que le envien en carta certificada.

## PARTE EXTRANJERA

Había el oráculo. Napoleón III ha pronunciado su discurso de apertura de las Cámaras francesas que se esperaba con ansia por todos aquellos que, teniendo una dosis de candidez inagotable, creen todavía que este imperial orador es, quel potente de otros tiempos, cuyas palabras ponían en conmoción a la Europa entera. Nada de eso: el extracto de la perorata de S. M. I., que nos transmitió ayer el telégrafo, y que insertamos entre los despachos de última hora, extracto que es de suponer está manoseado, arreglado cuanto es posible para producir la impresión más favorable, habrá convencido a todos de que el Sr. D. Luis ha bajado muchos, muchísimos escalones de aquella altura en que se había colocado y desde donde gustaba tanto de hacer el papel de tutor y curador, y algo más, de todas las naciones europeas; y tanto gusto había tomado S. M. I. a este papel, que pareciéndole estrecho teatro el de la política europea para un galán de su mérito, se entusiasmó hasta el punto de querer representar su papel en el Nuevo-Mundo, y nada menos que de fundador de imperios y proveedor de dinastías. Mas hoy, ¡Quantum mutatus ab illo! hoy se contenta con que le dejen abandonar aquella escena sin silbidos extrepitosos.

Pero dejémoslos de reflexiones, y vamos al examen del resumen telegráfico del discurso del que podemos llamar ex-oráculo, que requiere el honor de algunos comentarios.

«Nuestras relaciones con las potencias extranjeras, ha dicho S. M. I., son buenas.» Perfectamente. Sólo que esta afirmación tan rotunda nos parece que tiene algunas excepciones. Inglaterra y Francia andan hoy en dimes y diretes un poco ágrios sobre extradición de criminales: pues mientras Napoleón III quiere impedir que la Gran-Bretaña sirva de albergue a los Mazzini y otros regeneradores no menos ilustres, y de fábrica de bombas orsinianas y otros chismes no menos nocivos con que se quiere perfeccionar la civilización moderna y regenerar la sociedad, los buenos isleños siguen empeñados en conservar la tradicional hospitalidad inglesa que consiste, por lo visto, en alimentar fieras y criar serpientes. Todo esto a despecho de aquella famosa *entente cordiale* que pretendieron hacernos tragar con simulacros y con brindis, y que sólo sirvió para poner más a las claras que los pueblos de aqueña y alente el Canal de la Mancha se detestan con toda la cordialidad imaginable.

Las relaciones de Francia y Austria serán también buenas; pero ¿por qué te arrastras de hinojos, oh inclito Emperador, ante Francisco José, tu antiguo adversario, haciéndole tantos arrumacos y caricias! ¿No diría algún mal intencionado que tanto halago suponen temor? Con Prusia también son buenas las relaciones. No hay más sino que el Sr. Bismarck, al contemplar los míos napoleónicos al Austria, se escama, se atusa el bigote, y alarga una mano a Inglaterra y otra a Rusia, que se apresuran a estrecharla.

Las relaciones del Imperio napoleónico con el moscovita son buenas, no hay que dudarlo: lo dice S. M. imperial, y basta. Lo único que puede alterarla es aquella deudilla de Sebastopol, que el Czar tiene vehementes deseos de pagar al César francés.

En Italia todos son amigos suyos. Sólo se exceptúan unos veinte millones de católicos ingratos que se olvidan de los grandes beneficios que han recibido de Napoleón, y unos cuantos miles de republicanos que con nada se satisfacen. Pero no importa, a bien que su majestad imperial cuenta con la adhesión de los Rattazzi, los Lamarmora y otra docena de políticos no menos gastados, que completan el total de la población de la península.

Tales son las buenas relaciones que tiene Napoleón con las Potencias extranjeras. De los Estados-Unidos nada decimos; pues esto queda para después.

«La paz parece asegurada en todas partes.»—Así continúa el extracto del discurso que analizamos. Si la palabra tan autorizada de un

personaje tan respetable no nos lo impidiera, nosotros nos atreveríamos a decir que un inmenso grito de dolor se levanta y se propaga de un cabo a otro del mundo para desmentir a S. M. I. En estos últimos cinco años hemos visto el terrible azote de la guerra expandir sus horrores en los pueblos de ambos mundos. En América una guerra civil sin ejemplo ha hecho perecer un millón de hombres y ha terminado con el asesinato del presidente de los Estados-Unidos, y las Repúblicas restantes han seguido siendo presa de la más devoradora anarquía. En Europa la guerra ha extendido sus estragos en el Mediodía en el centro y en el Norte sin resolver cuestión alguna, antes bien dejando el campo preparado para nuevos desastres. ¡Cuál es, pues, por consecuencia en parte de estos hechos, la situación del mundo hoy que Napoleón III afirma que la paz está asegurada? En América, agravada la antipatía profunda que reina entre los Estados del Norte y los del Sur de la República de Washington, y unos cuantos millones de esclavos que se mueren de hambre y que constituyen por tanto un inminente peligro para la República. Las del Sur devorándose unas a otras sin que se vea esperanza alguna que haga cesar este estado crónico ya en ellas. La India muriéndose de hambre. En Jamaica una rebelión de negros a quienes la *humanitaria* Inglaterra fusila en pelotones y cuelga por racimos. Si del nuevo pasamos al antiguo mundo, vemos a la infornada Polonia despedazada por las garras de ese abominable tirano, el Czar de Rusia: los mismos polacos se ven en estos momentos perseguidos en su religión, confiscados sus bienes, privados del uso de su idioma, desterrados en la moribunda Siberia, pérdida su nacionalidad y próximos a que su nombre sea borrado de la historia. Italia está hoy entregada a las discordias de los partidos, privada de libertad, tiranizada su religión por todos los medios que pueden inventar la astucia y la violencia, sumida en la corrupción más espantosa, entregada a la revolución, en vísperas, en fin, de una suprema catástrofe. Pero para qué queremos cansarnos? ¡Cuál es hoy el estado de Europa, y aun del mundo todo, sino el de una mina inmensa a la cual se vienen arrojando combustibles, que una chispa sola puede hacer estallar, produciendo una universal conflagración? ¡Y en vista de este estado, Napoleón III, no sólo no afirma que hay paz, sino que la paz está asegurada! ¿Quién puede aguantar error de este calibre?

Pero sigamos nuestro análisis. «España y Portugal han estrechado sus lazos de amistad en las últimas entrevistas de sus respectivos Soberanos»—prosigue el discurso. ¡Y quién mete a Vd., Sr. Napoleón, en los negocios de dos naciones soberanas e independientes? Harte nos parece que tiene Vd. que hacer en su casa para mezclarse en los asuntos peculiares de los demás Estados. ¡Ah! necesitábase la humillante situación en que el liberalismo ha colocado a España y a Portugal, para que el Napoleón de 1866 se atreviese a tomar en tono irritante de superioridad, que no suenan a otra cosa esas palabras extrañas en un discurso de apertura de las Cámaras.

Ahora entra lo mejor. «El Gobierno mejicano, sigue diciendo el Emperador francés, se consolida; nuestra expedición está próxima a terminarse; estoy en negociaciones con el Emperador Maximiliano para fijar la época de la visita de nuestras tropas.»

Traducamos este párrafo en castellano claro. Napoleón dice lo siguiente: «El Imperio mejicano se lo lleva la trampa, y yo no quiero que me arrastre en su caída. La expedición que por motivos que yo me sé, llevó a aquel país inconsideradamente, no me permiten los quisquillosos yankees que permanezca ni un momento más. En vista, pues, de que esos rudos republicanos no me consentían allí, y de que yo no tengo medios ni fuerzas para hacerles entrar en razón, renuncio generosamente a mis planes. A este fin he hecho saber categóricamente a mi protegido que yo me vengo a mi casa donde me llaman asuntos muy graves; que perdone el tal paso en que lo he metido y que se las compaña como pueda, pues yo no lo puedo remediar.» Esto es lo que significa el párrafo.

El telégrafo dice por su cuenta que después de «algunos pasos amistosos» para los Estados-Unidos de América, el Emperador añadió: «Espero que la emoción producida por Méjico se calmará ante la franqueza de nuestras declaraciones. Dos naciones igualmente celosas de su independencia, deben evitar el dar pasos que podrían comprometer su dignidad y su honor.»

¡Cuánta amargura habrá sentido Napoleón, tan fiero en otros tiempos, viéndose obligado a valerse de frases lisongeras y humildes para aplacar la ira republicana de los yankees! Re-

duzamos esa melosa y estudiada fraseología a términos que expresen claramente el pensamiento de Napoleón como hemos hecho con el párrafo anterior, para acabar prontamente con nuestros comentarios. «Señores republicanos de la soberbia Unión, viene a decir el César francés, calmados Vds.: no se irriten ni me comprometan arrojándome ignominiosamente del territorio americano, donde puse el pie en tiempos en que desvanecido con mi pujanza, creí que podría hacerlo impunemente: yo, perseguido de hinojos, pronuncié el mea culpa y prometí no meterme jamás en semejantes pasos. Yo declaro que Vds. son muy dueños de su América; pero, por Dios, compadézcanse ustedes de mí y no me comprometan, porque yo estoy, por obra y gracia del derecho moderno y del sufragio universal, dos bases un poco deleznales, al frente de una nación que no sufre Soberanos humillados, y podría salirme cara la broma. Ahí les entrego a Vds. a mi amigo y protegido Maximiliano, que tuvo la candidez de creerme; y no contento con ser archiduque de Austria, quiso ser Emperador de los de nuevo cuño. Ahí se lo entrego a Vds., para que desahguen en él sus iras.»

Aquí tienen nuestros lectores el famoso discurso que se esperaba con tanta curiosidad, y que confirma todas cuantas predicciones relativas al desenlace de los asuntos de Méjico y a la decadencia visible de la influencia napoleónica que su desenlace revela. A última hora daremos la traducción íntegra de ese documento, si, como creemos, nos lo traen los periódicos de París de ayer.

## TELEGRAMAS.

PARIS, 23.

En la Bolsa de hoy quedaban: el 3 por 100 interior español, 4 34 3/4; títulos pequeños del exterior, 4 00 0/0; la diferida, 4 00 0/0; la amortizable, 4 00 0/0; el 3 por 100 francés, 4 68-60; y el 4 1/2, 4 98-50.

LONDRES, 23.

Los consolidados ingleses quedaban: de 87 1/8 a 1/4.

## EL PENSAMIENTO ESPAÑOL

MADRID, 24 DE ENERO DE 1866.

EL CARDENAL ARZOBISPO DE SANTIAGO al director de LA IBERIA.

CARTA 10.

SANTIAGO y Enero 20 de 1866.

Muy señor mío y de mi consideración: Vuelvo Vd. a insistir en que el derecho de la Iglesia está limitado a lo que dijo Jesucristo: *digno es el jornalero de su sustento, cibe suo*. Ha respondido ya que el Sacerdote no tiene derecho a exigir de los fieles, a quienes sirve, más que lo necesario para sustentarse, como el estipendio para que pueda trabajar, según la frase de San Agustín; pero nadie le ha prohibido recibir lo que le añadan graciosamente para socorrer a los pobres, adornar los templos, etc.

Cita Vd. las palabras del Concilio IV cartaginense y, sobre todo, las expresiones fuertes de San Bernardo, que llama hurto y rapiña cuando los eclesiásticos, defraudando a los pobres lo que se les debe, gastan en lujo los bienes de la Iglesia. Nos habla Vd. de los trajes de seda (yo no los gasto), de magníficos trenes y carruajes (tengo un sólo coche), del regalo de una vida muerta, de la púrpura, etc. Todo esto estaba muy bien en la boca de un capuchino que me diese unos ejercicios espirituales en su convento; pero debe Vd. saber que los Apóstoles predicaron la templanza y la modestia a todos los fieles, y por consiguiente, Vd., como fiel cristiano, en vez de usar de gabán ó levita, debe salir de chaqueta a la calle; porque aquello es lujo; en vez de vestir de paño fino, debe vestirse de sayal, porque aquello es lujo; en vez de tener dos ó tres principios a su mesa, debe contentarse con el cocido; en vez de tener coche ó alquilarlo, debe hacer a pie las visitas y los demás negocios que le ocurran en la corte. Yo condeno el lujo tanto en los eclesiásticos como en los legos; pero el lujo es una cosa respectiva a las categorías sociales. Lo que sería lujo en un pobre artesano, no lo es en un caballero acomodado; y lo que sería lujo en este, no lo es en un grande de España, y menos en un Rey. Esto es del buen sentido, y esas vagas declaraciones todos sabemos lo que son: hoy son extemporáneas, son un anacronismo, por no decir otra cosa. Parece que Vd. hubiera sido capaz de salir gritando: ¡luogo! ¡luogo! en los días del diluvio.

Aunque Vd. tiene formada tan pobre idea de los eclesiásticos, voy a copiar las juiciosas observaciones que el Príncipe de ellos, Santo Tomás, hace sobre la modestia, virtud que consiste en la moderación del aparato exterior de la persona. «Respondo que debe decirse, escri-

be el Santo, que en las cosas exteriores de que usa el hombre no hay vicio alguno, sino que está de parte del hombre que usa de ellas sin moderación.» La cual falta de moderación puede existir de dos maneras: una por comparación a la costumbre de los hombres entre quienes vivimos, otra por el desordenado del que usa tales cosas; por lo cual sucede que el hombre usa algunas veces de ellas con exuberancia, si se atiende a la costumbre de aquellos entre quienes vive, ó fuera de la costumbre de ellos... Suceda este desorden del corazón de tres maneras en cuanto a la superabundancia: 1.º Cuando alguno busca con el adorno superfluo de los vestidos la gloria de los hombres, según que los vestidos y otras cosas de este tenor pertenecen a cierto ornato. Porque nadie busca vestidos preciosos que excedan al propio estado, sino por vanagloria. 2.º Sucede este desorden según que el hombre busca la molición con el superfluo cuidado de los vestidos, en cuanto el vestido se ordena a la comodidad del cuerpo. 3.º Según que el hombre pone excesiva solicitud en el esmero exterior de los vestidos, aunque no haya desorden en cuanto al fin.

Por defecto puede igualmente haber dos desórdenes: uno por la negligencia del hombre en no poner ningún estudio ó trabajo en el adorno exterior que conviene; y así dice el filósofo que pertenece a la desidia el que alguno arrastre el vestido por no tomarse el trabajo de levantarlo. De otro modo sucede también ese desorden, y es cuando el hombre ordena a la vanagloria ese defecto del adorno exterior. Por eso dice San Agustín en el libro 2.º del sermón del Señor en el monte: «que no sólo en el brillo y pompa de las cosas corpóreas, sino también en los mismos andrajos repugnantes puede haber jactancia, la cual será tanto más perniciosas, si alguna vez se cubre bajo el nombre del servicio de Dios.»

«Aquellos, pues, que están constituidos en dignidad, ó también los ministros del altar, usan vestiduras más preciosas que los otros hombres, no por su propia gloria, sino para significar la excelencia de su ministerio, ó del culto divino; y por lo tanto esto no es vicioso en ellos.» Por lo cual San Agustín dice en el libro 3.º de doctrina cristiana, capítulo 12, lo siguiente: «cualquiera que usa de las cosas exteriores de tal modo que exceda los límites de la costumbre de los buenos, entre quienes vive, ó significa algo, ó es vituperable, usando de tales cosas por molición ó por ostentación.»

Del mismo modo acontece haber culpa por defecto. Sin embargo, no siempre peca el que usa de vestidos más viles que los otros; porque si hace esto por jactancia ó soberbia, pretendiendo ser preferido a otros, es una superstición viciosa. Mas si hace esto para macerar la carne, ó por humildad de espíritu, pertenece a la virtud de la templanza. Y así San Agustín dice en el libro 3.º de Doctr. crist. «Cualquiera que usa de las cosas precatorias con más estrechez que lo que es autorizado por el uso de aquellos con quienes vive, ó es templado, ó supersticioso.» Corresponde usar de vestidos viles principalmente a aquellos que con sus palabras y ejemplo exhortan a otros a la penitencia, como lo hicieron los profetas, de los cuales dice el Apóstol alabándolos en la Carta a los Hebreos, cap. 11, vers. 37: «Que recorrieron la tierra cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, desamparados, angustiados, afogados, de los cuales el mundo no era digno.»

He copiado este artículo de Santo Tomás para que Vd., que no habrá leído probablemente ningún escolástico, se convenza de que aquellos señores tenían el buen sentido que se deja ver; y que Santo Tomás, que en su corta vida escribió veinte ó treinta volúmenes en folio, en los cuales nunca tocó la cuestión de cuántos ángeles cabían en la punta de una aguja, sabía perfectamente lo que es la virtud de la templanza y la modestia, y cuando se falta a ellas por exceso ó por defecto; y note Vd. que apoya sus ideas en las de San Agustín.

Note Vd. sobre todo aquellas palabras: «Los que están constituidos en dignidad, ó también los ministros del altar, usan de vestidos más preciosos que los demás, no por su propia gloria, sino para significar la excelencia de su ministerio, ó del culto divino.» Nota Vd. también cómo San Agustín es del mismo modo de pensar, diciendo de los tales, ó que lo hacen para significar alguna cosa, ó que son vituperables, cuando lo hacen por molición ó por ostentación.

Por aquí puede Vd. conocer que cuando un Cardenal, ó un Obispo, se distingue de los otros hombres por el color de sus vestidos, por tener coche (no trenes), etc., si lo hace por vanidad es vituperable; mas si lo hace porque así lo pide la decencia de su estado ó de su dignidad, nada tiene de reprobable: es la costumbre an-

tigua, y en nuestras ciudades de segundo ó tercer orden, á principios de este siglo, apenas había más coche que el del Obispo; porque, en efecto, era la persona constituida en más alta dignidad en esas ciudades.

En cuanto a la púrpura diré a Vd. que yo no he inventado ese traje, y que ningún inconveniente tendría en usar de otro si Vd. pudiese responderme que que no me tendrían por extravagante ó por loco. Recuerdo con esta ocasión que al ponerme el Papa el capelo, ó el sombrero encarnado, me dijo: «ese color ó púrpura significa que debes defender la verdad hasta derramar por ella tu sangre.» *usque ad effusionem sanguinis*; y no me dijo que significase otra cosa. Mire Vd. que recuerdo tan grato para la flaqueza humana, y si estaré bien engreído con mi púrpura que me destina al martirio.

En cuanto a la vida muerta, diré a Vd. que uno ó dos días después de haber leído el número de *La Iberia* del 10 de Octubre, al pasar en la santa visita de una parroquia á otra, me cogió un chubasco tan fuerte, que el pobre animal que montaba no podía romper cegado por el hostigo del agua y del viento, y tuve que detenerme en un descampado á recibir de espaldas la descarga, poniéndome como si me sacasen de un río; y entóces era la ocasión natural de acordarme de la vida muerta, de un Cardenal; y como era al anochecer, debía recordar también que acaso estaría Vd. á aquella hora, si que me pareciera mal, sentado en su butaca en el café tomando una taza de este líquido y sendas copas de rom, mientras yo tomaba sobre mi cuerpo aquel baño regalado.

He recorrido más de dos mil parroquias de mi diócesis, he tenido varios de estos percances, y he andado por caminos que me horrorizaban después de haberlos atravesado, añadiendo que en este país no se puede hacer la visita en coche. Est's son algunos rasgos de la vida muerta de un Cardenal y de un Obispo, rasgos comunes á mis otros hermanos en el Episcopado. Mi sibilatismo consiste en estar veinte minutos diariamente á la mesa.

Si me he hecho necio, Vd. me ha obligado; *factus sum insipiens, vos cogistis*, decía San Pablo á los Corintios. (2.º cap. 12) con un motivo más poderoso ciertamente.

No puedo acabar de salir del número de *La Iberia* del 10 de Octubre, porque apenas hay cláusula que no contenga una falsedad, dejando a un lado las detestables, que de cuando en cuando da Vd. al Clero como diciendo, aquí no peca. Después de confesar Vd. que la Iglesia tiene derecho a exigir las cosas materiales necesarias para que los fieles puedan gozar de los medios de santificación y salvación espiritual, añade Vd.: «pero esto no es un derecho ilimitado y absoluto á las cosas temporales, ni aun siquiera es un derecho concreto a la propiedad de cierta y determinada clase, esto no es un derecho á adquirir por buenos ó malos medios (por malos medios nadie tiene derecho) riquezas inmensas que dan por resultado necesario la miseria de los infelices ciudadanos: esto no es un derecho á exigir de los fieles, ni del Estado, ni de nadie a título de una *ilustrata compensación*, ni bajo otro concepto, ni lo que no se necesita para una vida frugal y modesta, cual deben llevar los ministros de un Dios que nació en un establo.»

Hé aquí un párrafo en que se confunden lastimosamente el derecho de adquirir con la capacidad de recibir, cosas que son muy diversas; porque un pobre, por ejemplo, totalmente imposibilitado y desvalido, tiene cierto derecho á que sus próximos le den lo puramente necesario para vivir, y los próximos tienen una obligación de dárselo; pero ese pobre tiene al mismo tiempo una capacidad inmensa para recibir no sólo lo puramente necesario, sino todas las riquezas de Creso si se las dan.

Así también la Iglesia no tuvo en un principio derecho á exigir más que lo puramente necesario, pero tenía una capacidad natural inmensa para recibir cuanto la diosen, para hacer de ello un buen uso. Confunde Vd., pues, las dos cosas que distan tanto como el cielo y la tierra; porque no es lo mismo el derecho á exigir que el derecho á recibir.

Pero bien, dice Vd.: «Esas riquezas inmensas dan por resultado la miseria de los infelices ciudadanos.» Esta es otra falsedad notoria. Semejante aserción supone que los bienes adquiridos por la Iglesia desaparecen de este mundo, y por lo mismo, que no sirven ya para los hombres. La Iglesia arrendaba sus bienes y era muy humana con sus colonos, exigiéndoles una pensión muy módica. Hoy han pasado casi todos esos bienes á otros señores que se han enriquecido con ellos, y los que antes eran colonos los favorecidos de la Iglesia, hoy lo son de esos nuevos amos, de modo que, para la generalidad de aquellos infelices ciudadanos, la situa-



ción es la misma, salvo la mayor renta que se les exige, sobre lo cual me remito á lo que ellos digan.

Esas riquezas inmensas de la Iglesia de España se calculan en un 5 por 100 de toda la propiedad territorial, y el marqués de la Ensenada decía en tiempo de Fernando VI que la Iglesia contribuía á las cargas del Estado, pagando duplicado que los vasallos seglares. Por aquí se puede juzgar de la verdad con que se ha dicho por algunos de nuestros economistas, ora que la mayor parte de los bienes raíces estaban en poder de los religiosos, de cuyos productos no pagaban ni contribuían nada, como decía Macanaz; ora que las manos muertas debían llamarse mortíferas, pues extinguían los bienes que adquieren, viniendo á ser un abismo que se traga la riqueza territorial, con otras lindezas por el estilo.

Por lo demás, si este tránsito de las riquezas de la Iglesia á otros grandes propietarios es provechoso ó no á los infelices ciudadanos, nos lo dice la historia, no la de nuestra España, que todavía no se ha completado, sino la de Inglaterra al tiempo de la reforma.

Enrique VIII arrebató á la Iglesia católica de Inglaterra todos sus bienes muebles é inmuebles y los dió á los laicos y á la Iglesia protestante; y sin embargo impuso á sus súbditos más tributos y gabelas que todos los Reyes juntos, que le habían precedido por más de quinientos años, según el testimonio de Sandér, y desde entonces se desarrolló la plaga del pauperismo, que aflige á la nación más que á ninguna otra.

Lutero que con el cebo de los bienes eclesiásticos incitó al cisma á los Príncipes del Imperio, confesaba á lo último: «la experiencia prueba que los que han traído á sí los bienes eclesiásticos se empobrecen al fin por esta causa, y se hacen mendigos.» Recordaba luego la fábula del águila que arrebatando el altar de Júpiter los trozos de carne, que se le inmolaba, llevó una brasa pegada á uno de ellos, la cual puso fuego y consumió su nido.

«Esto no es derecho, continúa Vd., á exigir de los fieles, ni del Estado, ni de nadie á título de una *ilustoria compensación*, ni bajo otro concepto le que no se necesita para una vida frugal y modesta etc.» Me llama en esta cláusula la atención aquello de *compensación ilustoria* que envuelve un pensamiento á todas luces falso.

Aun suponiendo, que es mucho suponer, que la capacidad jurídica de adquirir le viniese á la Iglesia de la concesión del Estado, no se puede dudar que la nuestra la tenía desde tiempo inmemorial, y que por consiguiente tenía un dominio legítimo sobre sus bienes, cuando el Estado se apoderó de ellos; y siendo esto así, no comprendo cómo puede llamarse *ilustoria* la compensación, sin incurrir en todos los absurdos del comunismo, y sin conculcar los principios más obvios de la eterna justicia.

La opinión de que el Estado puede apoderarse de los bienes propios de la Iglesia no puede tener otro fundamento que la antigua doctrina de los orientales y de los griegos, que miraba las cosas, los hombres y las agregaciones de hombres como propiedad doméstica del Príncipe ó del Estado, ó bien del derecho protestante, por el cual considerándose el Príncipe como jefe de la Iglesia y del Estado, al Príncipe pertenecen las cosas y los dogmas de la Iglesia. Ambos principios son absurdos y tiránicos, y el segundo es además antievangélico; pues Jesucristo dispuso que los Príncipes gobernasen el Estado, y que el Papa gobernase la Iglesia con independencia.

Disueltas las congregaciones eclesiásticas, dicen algunos, sus bienes como vacantes pertenecen al fisco. Pero, en primer lugar, aquellos bienes eclesiásticos fueron dados por sus dueños á la Iglesia y de ninguna manera al fisco; y por consiguiente permanecen consagrados á Dios y propios de la Iglesia, que nunca muere: es el mismo argumento que hacen los comunistas. Si los bienes eclesiásticos llegan á ser exorbitantes, dicen, ¿por qué no se ha de apoderar de ellos el Estado para sus necesidades?

Lo que dicta la razón y la justicia es que si la acumulación de la riqueza inmueble, en manos de la Iglesia, llegase alguna vez á ser perjudicial á la agricultura, á la industria ó al comercio de un Estado, el jefe de este se entendería con el jefe de la Iglesia, le hiciese las observaciones convenientes, y si eran justas, la Iglesia, que no es ningún tirano que se complace en la decadencia de un Estado y en la miseria de los pueblos, se prestaría sin duda al remedio que se creyese oportuno. Pero eso de despojarla de lo que era suyo y tenía adquirido aun al abrigo de las leyes, que nunca negaron la capacidad de adquirir es una injusticia notoria que clama al cielo; es abrir la brecha para el socialismo; es retroceder al despotismo oriental ó á la teoría democrática de las repúblicas griegas; es la más completa subversión social; es matar la libertad. Y añadir á esto que la Iglesia de España no tiene derecho á una compensación, como parece desprenderse de la cláusula citada, es á mi entender el mayor desvarío, el ataque más desatentado contra los fueros de la justicia, que me parece inconcebible en un hombre de talento como Vd. lo es.

La equidad pide que si un individuo es despojado por causa de utilidad pública de una propiedad, se le indemnice dándole un valor igual, y esto previamente. La Iglesia española estaba en el mismo caso, y el Concordato ha-

zando en este punto, contentándose la Iglesia con bien poco. El Estado nunca tiene derecho para fijarla sólo lo puramente necesario para una vida frugal y modesta, como no lo tiene tampoco para fijárselo á Vd. confiscándole lo sobrante.

Ya San Juan Crisóstomo en el siglo V decía, (Homilía 21 in 1.ª Corint.) á los detractores de las riquezas de la Iglesia: «Cuando ves la grandeza de las riquezas de la Iglesia, piensa también en la multitud de pobres y enfermos que tiene en lista; piensa en la necesidad de innumerables gastos, averigua y escudriña esto cuidadosamente, nadie te lo impide. La Iglesia tiene necesidad de sustentar las congregaciones de viudas y los coros de Vírgenes, de acudir á las necesidades de los extranjeros y peregrinos, á las calamidades de los vencidos, de los enfermos y mutilados.» Hoy se empeñan los Gobiernos en tomar sobre sí la beneficencia oficial. Veremos quien lo hace mejor si ellos ó la Iglesia.

La distinción que se ha hecho de la propiedad en individual y colectiva, para que aparezca de alguna manera justificado el despojo, que en nuestros días ha sufrido la Iglesia española, es enteramente sofística, ó destituida de todo fundamento, porque se pretenden distinguir cosas que no se distinguen. La Iglesia ciertamente es una persona moral distinta de un individuo; pero también un hombre y una mujer se distinguen mucho entre sí y, sin embargo, el derecho de propiedad no es distinto en el uno y en la otra: tan ladrón es el que roba su dinero á un hombre, como el que se lo roba á una mujer, porque en ambos el derecho de propiedad nace de la misma raíz, á saber: de la capacidad natural y del hecho humano de aceptar una donación ó una herencia. Así también la propiedad de la Iglesia viene de su capacidad natural y del hecho humano.

El derecho, pues, que resulta en la persona individual y en la moral, nace de la misma raíz, y por consiguiente es el mismo. Luego la distinción de propiedad individual, y propiedad colectiva, es nominal y sofística, si con ella se pretende sostener que es lícito al Estado despojar á la Iglesia y no á un particular. Los socialistas se reirían de semejante distinción, en comparación de la cual todas las sutilezas escolásticas parecerían nada. Si el Estado tiene derecho, dirían, á despojar á un propietario, como era la Iglesia, ¿por qué no lo ha de tener para despojar á los particulares? El derecho es igual en todos los propietarios; luego si puedo con justicia despojar á uno, puedo despojar también á los demás.

Nada podría Vd. responder á los socialistas si mañana se apoderasen del Gobierno, y diesen el siguiente decreto: «Considerando que son manos muertas las manos de los ricos, las cuales no han criado callos como las nuestras; considerando que los bienes inmuebles acumulados en esas manos perjudican á la felicidad del Estado y causan la miseria de tantos infelices ciudadanos; los declaramos bienes nacionales, los incorporamos al Estado, el cual cuidará de dar á sus antiguos poseedores lo necesario para que vivan con modestia, repartiendo lo demás á los infelices ciudadanos, que hasta ahora han vivido desheredados de la naturaleza, madre común de los hombres.» Nada tendrían que responder á esto los que sostienen que el Estado tiene derecho á confiscar los bienes de la Iglesia, dándole lo puramente necesario para una vida frugal y modesta.

He hablado con alguna extensión del derecho de propiedad de la Iglesia, porque de la exposición, que ha dado margen á nuestra polémica, parecía deducirse que la negaba usted aquel derecho, como la niega el derecho á que el Papa sea Rey de un pequeño Estado, sosteniendo que ambas cosas son contrarias al Evangelio, la propiedad eclesiástica, y la soberanía temporal del Papa.

Mas en mi tercera carta dije: «Dejando á un lado lo primero, esto es, la suposición de que Jesucristo prohibió á sus Apóstoles adquirir bienes temporales, aserción tan absurda, etc., vengamos á la soberanía temporal, la cual está comprendida también entre los bienes temporales.» Sobre estas últimas palabras, ó sobre esta oración incidental, forma Vd. en el número 11 de *La Iberia* unos cascos de naipes, y deduce usted unas consecuencias tan absurdas, que no me ha sido posible comprender cómo pueden estar contenidas en esa oración incidental que expresa una verdad evidente; porque la soberanía temporal se cuenta entre los bienes no espirituales, sino temporales por naturaleza; porque es claro que la soberanía temporal del Papa es cosa muy distinta de su soberanía espiritual. Pero deducir de esto, según mi doctrina, los Reyes tienen sobre los pueblos, que gobiernan, un derecho de propiedad como el que compra un buey ó un marrano, que hasta los monarcas debían tener soberanía; que confunde el derecho de propiedad con el derecho político de gobernar; que deduce la soberanía del Papa del derecho que la Iglesia tiene á los bienes temporales, que considero esa soberanía como una condición esencial para la existencia de la Iglesia, etc., etc.; deducir, repito, semejantes despropósitos de haber dicho yo incidentalmente que la soberanía del Papa en sus Estados se comprende, ó se cuenta en el número de los bienes temporales, y no de los espirituales, es querer buscar nudos en un junco, como decían los latinos, es conlear que no hay cosas serias que oponer á mis razones.

Por lo demás, yo dije de paso que la soberanía

temporal del Papa es un bien temporal y no espiritual, para manifestar que bajo este aspecto su adquisición no se oponía al Evangelio, como no se opone la adquisición de riquezas temporales. Sólo bajo este punto de vista, en que se asemejan, presenté juntas dos clases de bienes temporales de tan distinta naturaleza, como son las riquezas y la potestad política; pues ni aquellas ni estas se oponen al Evangelio cuando la potestad se ejerce, no en el Imperio romano, ó en todo el mundo, sino en un pequeño Estado, como que en este caso, embarranzando poco al Pontífice, le sirve mucho para el ejercicio libre de la potestad espiritual. Admito, y cómo no he de admitir la reciprocidad que Vd. pide? que el Estado sea libre en la gestión de los negocios que le pertenecen, como deseo yo que lo sea la Iglesia en los suyos. La Iglesia no tiene esa pretensión infusa de coartar la libertad de los Soberanos para administrar sus Estados. Lo que pretende, si, es que los gobiernen en justicia, sin quebrantar nunca los preceptos de la moral cristiana; y pareceme que esto no es una exigencia exorbitante, en especial si se trata de Soberanos que son hijos de la Iglesia.

Reservándome continuar en la siguiente carta la tarea que me ha impuesto, se repite de usted como siempre, atento S. S.

EL CARDENAL ARZOBISPO DE SANTIAGO.

## EL PRESBITERO SR. CASTRO en la Academia de la Historia.

### ARTÍCULO II.

CARACTERES HISTÓRICOS DE LA IGLESIA ESPAÑOLA; —he aquí el tema del *Discurso* leído en la Real Academia de la Historia por el Presbítero don Fernando de Castro al ser recibido en el seno de la misma. —Y como tantas veces tenemos que hablar de *Iglesia española*; como en el opúsculo que estamos examinando hay, sin duda por falta de propiedad en el lenguaje teológico y canónico, cierta tendencia á exajerar y sacar de quicio las glorias nacionales, que mal comprendida, pudiera parecer semi-cismática, no nos parece fuera de sazón recordar aquí la vulgarísima doctrina católica acerca de este punto. No hay más que una sola verdadera Iglesia, que es la santa, católica, apostólica, romana, visible y perpetua, en la cual están comprendidos todos los fieles, los ortodoxos de todos tiempos y lugares. La diversidad de lenguas, de climas, de nacionalidades, etc., hace que distintas partes de esta misma y única Iglesia reciban accidentalmente distintos nombres, como *Iglesia griega*, por usar el idioma griego, *Iglesia galicana*, por comprenderse en ella la nación francesa; pero estas denominaciones nada significan ni arguyen contra la unidad del rebaño regido y apacentado por un solo pastor, que es el Romano Pontífice, sucesor de San Pedro, Príncipe de los Apóstoles. La verdadera gloria de cada Iglesia conocida por una denominación particular, consiste en no separarse nunca, ni haberse separado jamás de la Iglesia universal, santa, católica, apostólica, romana, ni en un ápice de la fe, ni en nada esencial de la disciplina.

Dicho esto, que conviene recordar y repetir muy á menudo en épocas como la presente, en que para combatir la cismática tendencia de iglesias nacionales, el Sumo Pontífice no se causa de inculcar la verdad en el ánimo de los fieles por medio de sus Encíclicas y alocuciones, vengamos á los caracteres históricos que la Iglesia española presenta, según el Sr. Castro. Cuatro son estos caracteres, determinados: «en la unidad de fe, en la unidad de disciplina, en la unidad de vida cristiana y en la de relaciones entre la Iglesia y el Estado.» —Unidad de fe, añade, bajo un carácter absoluto, durante la Monarquía visigoda; de disciplina, como símbolo de nuestra nacionalidad, durante la Edad Media; de vida cristiana, mediante la reforma de las costumbres, al comienzo de los tiempos modernos; de relaciones entre la Iglesia y el Estado, hasta los tiempos novísimos.

Hemos dejado al autor explicar su pensamiento, temerosos de desfigurarle, haciéndolo intérprete suyo. Y á la verdad, nuestro temor no es infundado. El Sr. Castro suele tratar las cosas eclesiásticas y aun teológicas con un lenguaje afectadamente filosófico, con resabios de germanesco, y esta, que tal vez sea la manera un tanto desembarazada de decir, que nos prometió en el exordio, puede enjendrar no sólo confusión para los lectores y aun para los mismos que como nosotros acometan la árdua empresa de analizar el *Discurso*, sino verdadero peligro para quien lo lea con fiado en la ciencia y autoridad del sacerdote.

Ahora bien; ó lo que dice el Sr. Castro de la Iglesia española es una cosa que se cae de puro cándida, permítasenos la palabra, ó una cosa puramente convencional, una novela forjada por la fecunda imaginación del autor. Si afirma que la Iglesia española se distingue por la unidad de fe, por la unidad de disciplina, por la unidad de vida cristiana y por la de relaciones entre la Iglesia y el Estado, no hace más que trazar los caracteres comunes á todas las Iglesias particulares ortodoxas; pues no serían tales si su fe no fuese una con la de la Iglesia católica, y una también, en lo esencial, en disciplina, como que tiene que ser una su vida cristiana regulada por la moral evangélica, y una también su doctrina, una su aspiración respecto á las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Lo que se afirma de la Iglesia española puede

decirse de la Iglesia griega, galicana ó de la China; y como no es de suponer que el Sr. Castro haya querido afirmar esta simpleza, es menester profundizar un poco más sus caracteres, y ver lo que encierra la fraseología que hemos copiado.

Comencemos por el primero, y de paso advertiremos al lector que la índole de estos artículos nos obliga á esbozar á meras indicaciones; pues más que explicación y refutación de hechos ó doctrina, será nuestra modestísima tarea, una especie de índice de los yerros de una y otra clase que en la lectura del *Discurso* hemos ido notando.

Habla el autor de la conversión de Recaredo, «con magnificencia solemnizada en el tercer Concilio nacional en que abjuraron el arrianismo, á la vez que el Rey, ocho Obispos arrianos y varios de entre los magnates.» —Y dado que este hecho, prosigue, va á fijar en lo sucesivo la historia de la sociedad española y la suerte, quizá, de la Monarquía visigoda, el determinar sus caracteres históricos valdrá tanto como señalar el de la Iglesia española en su primer período, que es, en nuestra opinión, la unidad católica, influyendo en el Estado en un sentido, puede decirse, absoluto.

Por de pronto tenemos aquí un descuido muy notable en un Presbítero, catedrático además de historia en la Universidad central. El tercer Concilio de Toledo, celebrado en 582, no es el tercer Concilio nacional, pues antes de ese, hubo los Concilios nacionales de Elvira, de Córdoba, de Zaragoza, y primero de Toledo.

Pero el principal error del Sr. Castro no está aquí, sino en datar el primer período de la Iglesia española, de la conversión de Recaredo en el siglo VI. Siendo exactas las originalísimas apreciaciones históricas del nuevo académico, resultaría excluido de la historia eclesiástica de España un período de quinientos años nada menos. Toda esa época gloriosísima de la vida de los Apóstoles Santiago y San Pablo, de sus discípulos y los de San Pedro, esa época de persecución y martirios que acrecentaron la fe de tal manera, que cuando Constantino subió al Trono y concedió libertad á los cristianos, contaban ya los españoles casi tanto Obispos como existen hoy en la Península; todo esto y mucho más queda sin clasificar, porque al sistema del Sr. Castro le acomoda principiar en el siglo VI, el primer período de la Iglesia española, de modo que resulte que en este primer período la unidad católica influye en el Estado «en un sentido, puede decirse, absoluto.» Estos son los peligros de trazar de antemano un tema histórico y luego aducir hechos como prueba de la tesis. Con toda buena fe, con la mayor inocencia suelen cometerse grandes inexactitudes y no pequeñas falsificaciones históricas. Celebremos de antemano los progresos que va á hacer la Academia con un filósofo que por manera tan desembarazada trinchó y cortó, hiende y saja 500 años en un período de ochocientos.

Resultará de este mutilamiento algo más grave que un yerro histórico, por más que este sea de tanto bulto? —Para nosotros es indudable.

Dejemos á un lado las intenciones del autor, pero atendiendo á sus palabras, á los hechos y deduciendo de ellos consecuencias naturalísimas y obvias, salta desde luego á la vista que si nos acostumbramos á considerar la Iglesia históricamente, sólo desde el punto en que es aceptada y reconocida por el Estado y cuando en él influye en cierto sentido, rebajamos la importancia y quizá la independencia de la Iglesia, desdibujando aunque sea históricamente, mientras no sale de la esfera de religión perseguida ó tolerada y posponiéndola en este concepto á la potestad temporal, al Gobierno civil, á la nación.

Esta manera de considerar la Iglesia es, puramente racionalista, es prescindir, de hecho al menos, de lo sobrenatural de esa institución divina, que sin necesidad del César y contra las persecuciones y decretos exterminadores del César, está influyendo en el César desde el momento en que es anunciada por los labios de Jesucristo, y está influyendo en Roma desde la venida del Espíritu Santo al Cenáculo de Jerusalén.

He aquí para nosotros el gravísimo yerro de datar del siglo VI, esto es, de la conversión de Recaredo, el primer período de la Iglesia española, que por espacio de cinco siglos había estado influyendo en nuestra sociedad, hasta el punto de que los gentiles la mirasen con respeto en el siglo III, permitiendo la congregación de gran número de Obispos en el Concilio iliberitano.

Antes de salir de este primer período, consignemos algunas de las inexactitudes históricas y frases de mal sabor que hemos cogido al vuelo en la exposición que hace el Sr. Castro del carácter de la Iglesia española durante la dominación visigoda.

En la página 10 nos dice que «la legislación visigoda era, puede decirse, una obra acabada en máximas y principios de derecho público.» —La legislación visigoda del siglo VI, que es á la que el autor se refiere, es apenas conocida, pues ni aun sabemos donde está el Código de Alarico, ni cual es su contenido.

Al paso que la Iglesia española tenía ya en el siglo VI una colección de Cánones, cual no la había en las demás de Occidente, y en el mismo siglo habían adquirido gran celebridad sus Concilios de Toledo, las otras Iglesias apenas sabían lo que eran colecciones canónicas, y distraídas sus Obispos con la guerra y la caza,

habían casolvidado el reunirse en sínodos eclesiásticos. Más en lo que nuestra Iglesia se distinguió de una manera muy principal, fué en combatir las heregias, en definir la fe y en conservar la doctrina.» (Pág. 10.)

Aquí tenemos varias cosas que notar:

1.ª La colección canónica de la Iglesia española en el siglo VI ni es apenas conocida, ni superior á la de Dionisio el Exigito y otras occidentales de aquel siglo, que son bien conocidas. La colección que hoy día conocemos como española es del siglo VII, según lo más probable, y del tiempo de San Isidoro.

2.ª No es exacto que los Concilios de Toledo hubiesen adquirido gran celebridad en el siglo VI. Toledo era entonces sufragánea, su importancia data desde el siglo VII.

3.ª Nos parece impropio de un Sacerdote recordar, sin venir al caso, que los Obispos de otras Iglesias estaban distraídos con la guerra y la caza; pues además de ser esto falso, hablando de todos como aquí se habla, parece vislumbriarse en estas y otras frases, un prurito de consignar especies, que sin perjuicio del relato, pudieran muy bien omitirse, y que sólo sirven para mortificar, por lo menos, los oídos católicos y halagar á los enemigos de la Iglesia.

Y 4.ª Que nuestra Iglesia se distinguió en definir la fe. Aquí hay falta de exactitud y precisión en el lenguaje teológico. La fe, propiamente hablando, sólo se define por la Iglesia universal, no por iglesias particulares. Nuestra Iglesia, esto es, nuestros concilios nacionales, provinciales ó diocesanos, lo mismo que nuestros Obispos, como todos los del mundo, no tienen ni gozan constante y cierta autoridad en decidir los dogmas de fe, y en tanto es válida y cierta su enseñanza, en cuanto va conforme con la de la Iglesia.

Los Obispos, ora juntos en concilio nacional, ora separados, interpretan, como el Apóstol, dan testimonio de todo cuanto ha sido siempre creído y enseñado en la sociedad de los fieles; pero no son árbitros, sino guardianes del depósito de la fe, y á ellos toca juzgar si tal ó cual doctrina está conforme ó es contraria á la enseñanza que están encargados de perpetuar. «Cuando dan este testimonio, diremos con Bergier, bien sea en un concilio donde se encuentren reunidos, ó ya cada uno en su diócesis, es imposible, aun humanamente hablando, que se engañen, pues que depone acerca de un hecho público, palpable, claro, en que se encuentran tantos testigos cuantos fieles existen en el mundo cristiano.»

Esto suponemos que habrá querido decir el Sr. Castro cuando habla de que nuestra Iglesia se distinguió en definir la fe; pero debía haberlo dicho, y no usar de palabras que son susceptibles de una interpretación cismática, pues parece que dan á la Iglesia española facultades que nunca ha querido ni ambicionado, porque sólo competen á la Iglesia universal, que es, no nos causaremos de repetir, una Santa, Católica, Apostólica, Romana.

F. NAVARRO VILLOSLADA.

La Política, después de copiar el proyecto de incompatibilidades del Sr. Nocedal, dice que «puede este vanagloriarse de que no irán tan allí como él ni los partidos de la democracia y del purismo, tan rigoristas en la materia.»

Esto último no pasa de ser un error, una ilusión. Ni la democracia ni el purismo, ni partido alguno liberal, pueden ser rigoristas en la materia. Todos son perdidos sin destinos y presupuestos. Los únicos amigos de la verdadera libertad son los enemigos del liberalismo. Por eso nadie va más allá que el Sr. Nocedal y nosotros en achaque de incompatibilidades.

He aquí lo que sobre este asunto dice *La Reforma*:

«Dice *La Política* que el proyecto de ley presentado por el Sr. Nocedal, de que hoy detenidamente nos ocupamos, es el más radical que se ha visto hasta ahora en las Cámaras. No lo extrañe nuestro colega. Tan ávido está el país de que el Gobierno representativo sea una verdad, después de treinta años de existencia, y tan fijo su pensamiento en que sin la incompatibilidad absoluta entre el empleo y el cargo de diputado será constantemente una farsa, que en la aspiración racional de todos los partidos descuellan esa idea como la más culminante ó la primera. Quizás no se encuentre otra cuestión grave en que varchen así unidos y compactos, y el Gabinete actual no se ha de oponer á esa gran masa que viene apoyada en la razón y la justicia.»

El *Diario de San Petersburgo* publica un ukase del Emperador de Rusia, firmado en San Petersburgo el 12 (26) de Diciembre último, relativo á la organización del Clero católico romano en el reino de Polonia.

Este engendro cismático corre parejas con el proyecto que Mr. Falcó, el guarda-sellos de Víctor Manuel, piensa presentar á las Cámaras italianas para despojar á los institutos religiosos y á la Iglesia de lo poco que, en lo relativo á libertad é interés, los ha dejado el piñonismo. Punto es este en el cual el liberalismo reino de Italia corre parejas con la despótica Rusia.

El art. 1.º resume el pensamiento que ha dictado este ukase. Para asegurar, dice este artículo, de una manera permanente la posición del clero secular católico romano en el reino de Polonia, se le señala sobre el Tesoro una renta fija, cuya cantidad está indicada en los estados adjuntos al presente decreto.

Después de arreglar lo que concierne á la constitución de los cabildos de las diócesis, el nombramiento de sus individuos y la insta-



lacion de los deanes en cada distrito, el ukase añadido:

«Art. 24. Quedando el clero secular católico romano del reino de Polonia provisto en adelante de renta fija y equitativamente repartida, todos los bienes muebles e inmuebles, así como los capitales pertenecientes a este clero ó á sus instituciones religiosas como parroquias, cabildos, iglesias, seminarios, consistorios, etc., pasarán á la completa dependencia y administración del Tesoro del Estado, con arreglo á las disposiciones del reglamento que sigue al presente decreto.»

Art. 24. Todas las rentas procedentes de los bienes y capitales mencionados en los artículos anteriores, al pasar al fisco, se emplearán exclusivamente en la dotación del clero católico y de las instituciones de esta iglesia. Si dichas rentas no bastasen para atender á la dotación del clero, se sacará lo que falte del Tesoro del reino.»

Quizá sea este el primer paso que da el gobierno ruso para llevar á cabo el proyecto que se le supone de extirpar al Catolicismo en el imperio moscovita, haciendo que poco á poco sea absorbido por el cisma. A este fin, parece que se han empezado trabajos subterráneos en Inglaterra y los Estados Unidos.

#### Leemos en La Correspondencia:

«Un periódico alemán ha dicho que el Cardenal Antonelli se ha negado á admitir un cuerpo de dos mil soldados franceses que el Gobierno del vecino Imperio había ofrecido al Papa, porque España y Austria han prometido cada una á este 1,500 soldados. El diario alemán está equivocado: este ofrecimiento no es cierto.»

En primer lugar no es cierto que el Cardenal Antonelli se haya negado á admitir un cuerpo de dos mil soldados franceses, pues no se han ofrecido al Sumo Pontífice.

Se le han ofrecido bastantes más de los dos mil, y de ellos el Papa sólo acepta unos mil. Siendo la base de la noticia incierta, no nos merece gran crédito. La Correspondencia en lo restante.

Así es que sobre la última parte suspendemos nuestro juicio.

Ninguna nueva noticia podemos comunicar hoy á nuestros lectores respecto á la cuestión hispano-chilena.

Los periódicos todos, así de Madrid como de provincias, se ocupan en consideraciones acerca de la conducta que España debe observar con Chile y las demás Repúblicas de aquel continente, conviniendo todos en que dejando á un lado contemplaciones mal tenidas, debe llevar adelante con la mayor decisión y energía la obra del enfameamiento de nuestra bandera en América.

El Español y La España discurren acerca de los refuerzos que conviene enviar y pueden enviarse á nuestra escuadra del Pacífico, y resulta que desde luego pueden ponerse en marcha ocho buques con sus correspondientes transportes, siguiéndoles en poco tiempo varios que están terminándose ó reparándose, y otros que si fuera menester debían adquirirse en Inglaterra.

Escritas las anteriores líneas, llega á nuestras manos La Reforma, periódico muy relacionado con el continente americano, y de él tomamos las siguientes líneas:

«Leemos en un periódico inglés que de uno de los arsenales de aquel reino ha salido á la mar, comprado por el Gobierno de Chile, el acorazado Oscar, pocos días antes habían adquirido los comisionados de aquella nación otros dos vapores más.»

No es dudoso que estos buques excusarán el dirigirse á las aguas del Pacífico, donde nuestra escuadra no tardaría en darles una severa lección. Lo más probable es que escogan para teatro de sus depredaciones las mareas de las Antillas, aguardando en la recalcada á nuestras naves mercantes. Los perjuicios que puedan causar á nuestra marina y á nuestro comercio son una consecuencia del sistema de contemporizaciones adoptadas con aquellas repúblicas, que les han dado lugar á hacer aprestos para causarnos daño. Antes de ahora hemos dicho, y los hechos han venido á justificarlo, que el sistema hasta aquí seguido había de ser interpretado por aquellos países incivilizados como nuestra debilidad.

«Creemos oportuno dar esta noticia, exhortando al Gobierno para que adopte las medidas oportunas de precaución, á fin de proteger los intereses de nuestro comercio, y sobre el propio tiempo energicamente y sin consideración, teniendo presente que la política con aquellos países, que nos son tan abiertamente hostiles, debe resumirse en este concepto: exigir reparación inmediata de los agravios que se causen á nuestra bandera, y en la negativa á darlos, hacerles el mayor daño posible, en el menor tiempo que fuera posible.»

#### NOTICIAS DE MEJICO.

Se han recibido por la vía de la Habana noticias de Méjico, asegurando que la emperatriz Carlota llegó el 21 de Diciembre á Veracruz, á bordo del yate de vapor Tabasco, de regreso de su viaje al Yucatan. Acompañaba al Tabasco la corbeta de vapor Lamido, de la marina austriaca.

La emperatriz ha visitado las principales ciudades de aquel distrito, siendo recibida en todas partes con gran entusiasmo. Ha resuelto muchas cuestiones relativas al comercio, á la agricultura, á la industria y á las obras públicas. En Mérida, capital de dicho distrito, permaneció algunos días y recibió diferentes diputaciones; algunas de ellas pertenecientes á las provincias inmediatas. La víspera de su salida, la emperatriz se dignó obsequiar á las autoridades y personas notables de la ciudad con un gran banquete, que terminó con un brindis dedicado á S. M.

Esta contestó con palabras entusiastas y ex-

clamando ¡viva Méjico! ¡viva la península del Yucatan! palabras que fueron acogidas con extraordinarios aplausos.

En la mañana del 17 de Diciembre, la emperatriz partió de Mérida, siendo acompañada de gran número de señoras y de los principales habitantes hasta Hunucma, donde se cantó un solemne Te Deum. De allí se dirigió á Sisal, embarcándose en el Tabasco, y siendo despedida con entusiastas vivas por parte de aquella población.

#### PARTIDAS REBELDES.

Hé aquí los partes que por el ministerio de la Guerra se insertan en la Gaceta de este día:

Tarragona, 23 de Enero, á la una y veinticinco minutos de la mañana.—El brigadier Pino al ministro de la Guerra: «Todos los sublevados reunidos en la Ribá, batidos y dispersados completamente por el batallón de Leon. Algunos muertos, heridos y prisioneros: otros arrebatados regresan á sus pueblos. Mérito singular contraído por el jefe del batallón de Leon. Sigo sobre los rebeldes.»

Reus, 23 de Enero, á la una y cincuenta y cinco minutos de la tarde.—El general Peláez al ministro de la Guerra: «El jefe del 1.º de la Reina me dice con esta fecha que ha capturado dos individuos de la partida de Escoda, además de los de la jornada del día 20. El coronel Tauler participa que en el día de ayer sorprendió, ya tarde, en el pueblo de Torroja una partida de rebeldes, que después de hacer algunos disparos huyó precipitadamente.»

Reus, 23 de Enero, á la una y cincuenta y dos minutos de la mañana.—El subgobernador al ministro de la Guerra: «Noticias particulares me aseguran la vuelta de muchos sublevados á sus casas, la próxima presencia de otro y la inmediata terminación de las partidas. Se me ha hablado para intervenir en la presentación de muchos de Valls.»

Zaragoza, 23 de Enero, á las ocho y veintidos minutos de la noche.—El capitán general de Aragón al ministro de la Guerra: «Las últimas noticias de la partida levantada cerca de Alhama son de que van en número de 19 al mando de Mariano Floria y Vicente Royo, y que parte de ellos robaron el día 20 la casa de D. Antonio Liarte, de Manchones, forzando las arcas y baules y llevándose la cantidad de 32,000 rs.»

Tarragona, 24 de Enero, á la una y cuarenta minutos de la mañana.—El gobernador al ministro de la Guerra: «Varios de los insurrectos vuelven á sus casas. Confirma esto la noticia oficial de que ayer pasó Escoda por Montreal con unos cuantos de su partida en completa desorganización. La batalla de ayer produjo el efecto que era de esperar.»

Los capitanes generales de Cataluña y Aragón participan que, fuera de las partidas de paisanos armados próximas ya á desaparecer, reina el orden más completo en los distritos de su mando. Y los capitanes generales de Valencia, Granada, Andalucía y demás distritos participan igualmente que no ocurre novedad.

Los periódicos portugueses confirman la noticia que dió anteaer La Correspondencia y ayer publicó la Gaceta sobre la entrada del general Prim y su gente en Birranças.

«Este pueblo, dice la Gaceta de Portugal, pertenece al territorio portugués y está situado en la frontera á 50 kilómetros de Moura.»

La división del general Zavalá entrará en esta corte el día 27 del actual.

El general Echagüe con las fuerzas de su mando sale hoy de Castuera (Extremadura), y regresará á la mayor brevedad á Madrid aprovechando el ferrocarril de Extremadura.

Ayer ha llegado á Madrid, de vuelta de su viaje á Andalucía, el general Pinzón.

En Huelva, en Cádiz, en Sevilla y en todas las poblaciones que ha atravesado, ha sido objeto de ardientes demostraciones de afecto y simpatía, pues ahora, con motivo del desastre de la Covadonga, se recuerda su enérgica conducta mientras tuvo á su cargo el mando de la escuadra del Pacífico.

La España pide que vayan en divisiones los refuerzos al Pacífico, reuniéndose en Río-Janeiro ó Montevideo, y cree pueden marchar desde luego las fragatas Gerson y Carmen y las goletas Favorita, Lijera y Vad-Rás con los correspondientes transportes. Desplegando gran actividad cree que los buques blindados Tetuan, Navas de Tolosa, Victoria y Concepción pueden marchar muy en breve también.

Ayer, con motivo de ser los días de S. A. R. el Príncipe de Asturias, asistieron á S. M. la Reina los señores ministros.

También fueron á Palacio con igual objeto una comisión del Senado y una del Congreso, compuesta de los respectivos presidentes y dos secretarios.

«Parece que hasta que venga el general Zavalá no se tomará decisión alguna respecto al jefe que ha de relevar al desgraciado general Pareja en el mando de la escuadra del Pacífico.»

En atención á haberse agravado la indisposición de la señora duquesa de Alba, parece cosa decidida el nombramiento de la señora duquesa viuda de Gor para camarera mayor.

Ya se ha terminado la mudanza de las oficinas del ministerio de Ultramar á la calle de Alcalá, casa-palacio que ocupó S. A. el Infante D. Sebastian.

Ayer ha tenido lugar en Valladolid una gran parada con motivo de ser los días de S. A. R. el Príncipe de Asturias.

Las tropas de la guarnición han formado en la carretera de Madrid, apoyando la cabeza cerca del arco de la estación.

Ha suspendido su publicación durante las actuales circunstancias, el periódico progresista titulado Los Dos Rinos que se publicaba en Valencia.

#### Leemos lo siguiente en el Diario de Barcelona:

«Parece que algunos pueblos de las inmediaciones de Barcelona han pedido permiso al Excmo. señor capitán general para organizarse en somaten con el objeto de defenderse contra los ataques de las partidas de malhechores, quienes podrían aprovecharse para cometer sus fechorías de la falta de destacamentos de fuerza pública, por estar empleados en otras atenciones del servicio la Guardia civil y los mozos de la escuadra. Si nuestras noticias son exactas, S. E., no solamente les ha otorgado su permiso, sino que ha aplaudido la idea.»

Segun vemos en una correspondencia de París, es esperado en aquella capital monseñor Merode, en el próximo mes, para asistir á la ceremonia de la profesión de una hermana suya, que entrará religiosa en el convento del Sagrado Corazón. Parece que dicha ceremonia asistirá también el conde de Montalembert.

Parece que mañana jueves debe reunirse el Senado para dar lectura del proyecto de contestación al discurso de la Corona. En este caso es probable que empiecen el lunes los debates, que según todo lo indica, deben ser muy animados.

Cómo verán nuestros lectores en otro lugar de este número, la columna que seguía más de cerca en el Priorato de Cataluña á la partida capitaneada por Escoda, le dió alcance el día de ayer dispersándola completamente. En este caso es probable que los resultados de este choque, quede completamente disuelta.

Nos dicen que ya están dadas las órdenes correspondientes para que los caballos de los extinguidos regimientos Balle y Calatrava pasen á reposarse de sus últimas fatigas á la remonta de Baza.

El ilustrísimo señor don José Avila y Lamas, Obispo de Orense, que falleció el día 2.º del actual, nació en Tuy, provincia de Pontevedra, el 13 de Noviembre de 1803. Siendo tesorero de la iglesia metropolitana de Santiago, fué presentado por S. M. para la santa iglesia y obispado de Plasencia el 27 de Febrero de 1832, preconizado en Roma en 27 de Septiembre del mismo año, y consagrado en Santiago el 2 de Enero de 1833. Presentado por S. M. para la santa iglesia y obispado de Orense en 17 de Julio de 1857, fué preconizado en Roma en 23 de Setiembre del mismo, y tomó posesión en 30 de Diciembre.

En la capilla titulada del Obispo, plazuela de la Paja, se celebrará mañana jueves una solemne Misa de cabo de año por el alma del excelentísimo señor duque de Híjar, que falleció en igual día del año anterior, y que era patrono de la misma capilla.

La Real y primitiva hermandad de Nuestra Señora de la Leche y del Buen Parto, establecida en la iglesia parroquial de San Luis, Obispo, consagra en el presente año de 1886, en unión de SS. MM. y AA. y varios devotos, una novena á tan insignificante imagen, dando principio el 27 de Enero, y finalizando el 4 de Febrero, con el deseo de implorar las necesidades de la Iglesia y del Estado, y protección á las señoras que se encuentran en estado interesante, como especial abogada para tales casos.

Ayer, con motivo de ser la festividad del patron de la diócesis de Toledo, se celebró gran función en la iglesia parroquial de San Ildefonso, con Misa y sermón y una solemne reserva con procesion por ser último día de Cuarenta Horas.

El templo estuvo todo el día concurrencia de fieles.

Anteaer por la tarde hubo pedrea en el terreno próximo á la Ronda, entre Santa Bárbara y Recoletos, viéndose espuesta la gente que pasaba por aquel sitio á sufrir un descalabro. Esta clase de diversiones, propias de un país salvaje, son una escuela donde se ensaya la juventud para la carrera del crimen, habiendo ocasionado ya no pocas desgracias, y sin embargo de repetirse diariamente con el mayor escándalo en calles y paseos, no vemos, y esto es hasta vergonzoso, que se adopten para reprimirlos los medios eficaces de que puede disponer la autoridad.

Hace pocos días tuvo efecto otra lucha del mismo género en las afueras de la puerta de Toledo, de la cual si no estamos mal informados, resultó un herido. Creemos que los dependientes de la autoridad debían prestar atención á esta clase de combates sostenidos frecuentemente, no ya por chicos, sino por mozos que hacen alarde de su destreza en el manejo de la honda, produciendo el sobresalto en las gentes que transitan por las inmediaciones del sitio en que se establecen, y siendo á veces origen de descalabros.

La comisión de donativos nombra por el señor gobernador de Madrid para distribuir los fondos recaudados en el Gobierno con motivo de la última epidemia, después de haber examinado las solicitudes, las ha clasificado, resultando que de las 452 reclamaciones, 86 pertenecen á huérfanos de padre y madre; 61 de solteros; de viudas 205; 97 de indigentes y 33 de ancianos que han perdido á las personas que los mantenían.

Ayer mañana, á las once, fué notoriamente por un carro de la vía, en la calle de Fuencarral, una vendedora que se halla parada en dicha calle. Fue conducida en muy mal estado á la casa de socorro del segundo distrito, donde se le hizo la primera cura, y después fué trasladada al Hospital general. El conductor del carro fué detenido y llevado á la prevención.

La recaudación de la renta de loterías obtenida en Noviembre último, ha ascendido á 1.251,035 escudos. Comparada esta suma con la ingresada en igual mes de 1884, que fueron 1.315,489 escudos, resulta una diferencia de menos en Noviembre de 1885, de 263,804 escudos.

Si los celadores de policía urbana en vez de limitarse á servir de escolta á los señores tenientes de alcalde de Madrid, se ocuparan, como es su principal deber, en destruir los obstáculos que interceptan ya el tránsito de la vía pública, ya en las aceras, ya en medio de la calle, á buena seguridad que no ocurrirían tantos como al que nosotros presenciámos antes de ayer en una de las principales travessas de la capital.

Es el caso que un mozo de cordel, ya enciano, caminaba cargado con un mueble, si no de gran peso, de gran volumen por lo menos, y al venir por la acera de su izquierda tropezaba con la gente que iba por la derecha, ó la obligaba á echarse por el medio de la calle. Pero llegó el turno á un joven verdaderamente atolondrado, que distraído en mirar atrás, no reparó en lo que venía por delante, y el resultado fué tropezar dicho joven con el sombrero en una puerta del mueble sujeción.

Comprendemos muy bien que el elegante caballero sintiese todavía más el apesamiento ó abolladura de su prenda, por lo que en el momento que se hubiese sentido un golpe en el hombro ó en otra parte del cuerpo, aun cuando esto le doliera mucho, pero no nos pareció muy caritativo, como antes se decía, el maltrato y maltrato, según se dice ahora, el que con un fuerte empujón, se arrojase al suelo. Y sin embargo, esto aconteció en efecto.

Hé aquí por qué nos parece mal que mientras los celadores de policía urbana hacen servicios como el

indicado al principio de esta gaceta, dejen abandonadas ocupaciones tan importantes como la de facilitar por las aceras y el empedrado de las calles el tránsito público.

#### ULTIMA HORA

A continuación insertamos el discurso pronunciado por el Emperador Napoleón en las Cámaras francesas el 22 del presente Enero:

«La apertura de las sesiones legislativas me permite periódicamente decirles cual es la situación del Imperio y expresar mis pensamientos. Así, como en los años anteriores, examinaré con vosotros los principales puntos que importan á nuestro país.»

En el exterior parece asegurada la paz en todas partes, porque en todas se están buscando los medios de resolver amistosamente las dificultades, en lugar de cortarlas con las armas.

La reunión de las flotas inglesa y francesa en unos mismos puertos ha sido señal de no haberse enfriado las relaciones formadas en los campamentos: el tiempo transcurrido desde entonces ha venido además á afianzarlas.

Con respecto á Alemania, son mis intenciones continuar la política neutral, merced á la cual, sin perjuicio de la interior alegría ó pesadumbre que sintamos según sean los sucesos de aquella tierra, nada tendremos que hacer en orden á las cuestiones que no toquen directamente á nuestro bien.

Reconociendo por casi todas las potencias europeas, Italia ha asegurado su unidad, inaugurando el establecimiento de su corte en el centro de esta península. Por nuestra parte contamos con la escrupulosa observancia del tratado de 15 de Setiembre y con la conservación indispensable de la potestad del Padre Santo.

Mis últimas entrevistas con los Soberanos de España y Portugal han estrechado más mis relaciones con estas dos potencias.

Conmigo habéis tenido parte en la general indignación producida por el asesinato de Lincoln, y recientemente la muerte del Rey de los belgas ha causado á todos pesar.

En Méjico se consolida el Gobierno fundado por la voluntad del pueblo; los disidentes, vencidos y dispersos, no tienen nadie á la cabeza; las tropas nacionales han dado muestras de su valor, y el país ha encontrado garantías de orden y seguridad, á cuyo amparo se han aumentado sus recursos; así como su comercio con sólo Francia de 21 á 71 millones. Así, pues, nuestra expedición, como decía el último año, toca á su término. Estoy en tratos con el Emperador Maximiliano para fijar el plazo de la vuelta de nuestras tropas para que no se haga con peligro de los intereses de Francia, que hemos ido á defender á tan remotas tierras.

La América del Norte, vencedora tras una lucha formidable, ha restablecido la anterior unión y proclamado solemnemente la abolición de la esclavitud. Francia, de cuya memoria no se borra ninguna noble página de su historia, hace votos sinceros por la prosperidad de la república americana y por la conservación de relaciones amistosas, que pronto contarán por siglos su duración. La conmoción producida en los Estados Unidos por la presencia de nuestro ejército en el suelo mejicano, se calmará en vista de la franqueza de nuestras declaraciones; y el pueblo americano comprenderá que nuestra expedición, en la cual le invitamos á tomar parte, no perjudicaba sus intereses. Dos naciones igualmente celosas de su independencia deben guardarse de dar paso alguno que comprometa su dignidad y su honor.

En el interior, gracias á la calma no interrumpida, he podido visitar á Argelia, donde no habré sido mi presencia acci para calmar los intereses y unir unas razas con otras. Mi ausencia de Francia ha sido una prueba de que bien puede reemplazarme un corazón recto, un ánimo elevado.

Nuestras instituciones funcionan en medio de las poblaciones satisfechas y confiadas. Las elecciones municipales se han hecho con el mayor orden y la más entera libertad. Siendo el mairé en el municipio el representante del poder central, la Constitución me ha conferido el derecho de elegir entre todos los ciudadanos; pero la elección de hombres inteligentes y adictos me ha permitido, casi en todas partes, elegir al mairé entre los miembros de los Consejos municipales.

La ley sobre las coaliciones que había sido origen de algunas aprehensiones, se ha cumplido con grande imparcialidad por parte del Gobierno y con moderación por parte de los interesados. La clase jornalera, tan inteligente, ha comprendido que cuanto más facilidades se le concediesen para discutir sus intereses, más obligada estaba á respetar la libertad de los demás y la seguridad de todos. El informe sobre las sociedades cooperativas ha venido á demostrar cuán justas eran las bases de la ley que os ha sido presentada sobre esta importante materia. Esta ley permitirá el establecimiento de numerosas asociaciones en provecho del trabajo y de la previsión, y para favorecer su desarrollo he dispuesto que la autorización para reunirse se conceda á todos los que, fuera de la política, quieran discutir sobre sus intereses industriales ó comerciales. Esta facultad sólo será limitada por las garantías que exige el orden público.

El estado de nuestra Hacienda os demostrará que si los ingresos continuán su progresión ascendente, los gastos tienden á disminuir. Los recursos accidentales ó extraordinarios han sido en el nuevo presupuesto reemplazados por recursos normales y permanentes; la ley sobre amortización, que os será presentada, dota á aquella institución con rentas positivas y da nuevas garantías á los acreedores del Estado. El equilibrio del presupuesto está asegurado por un excedente de ingresos.

Para llegar á este resultado, han debido imponerse economías á la mayor parte de los servicios públicos, entre otros en el departamento de la Guerra. Estando el ejército en pie de paz sólo quedaba la alternativa de reducir los cuadros ó el efectivo. Esta última medida era irrealizable, porque los regimientos contaban apenas el número necesario de soldados, y el bien del servicio antes aconsejaba que se aumentase. Suprimiendo los cuadros de 220 compañías, de 46 escuadrones, de 40 baterías, pero haciendo ingresar á los soldados en las compañías y escuadrones restantes, más bien que debilitar hemos fortalecido nuestros regimientos. Guardador natural de los intereses del ejército, no habríamos podido consentir en estas deducciones si hubiesen debido alterar nuestra orga-

nización militar ó atentar la existencia de hombres cuya adhesión y servicios he podido apreciar.

La conservación consiguiente de todos los oficiales sin mando no compromete ningún porvenir, y la admisión en las carreras administrativas de los oficiales y sargentos, para cuyo retiro se acerca la época, restablecerá pronto el movimiento regular de adelantos; todos los intereses se encontrarán de este modo garantizados, y la patria no se habrá mostrado ingrata para con los que derraman por ella su sangre.

El presupuesto de obras públicas y el de la enseñanza no han sufrido disminución alguna. Era útil conservar á las grandes empresas del Estado su actividad fecunda, y mantener en la instrucción pública, su enérgico impulso. De algunos meses á esta parte, gracias á la abnegación de los profesores, se han abierto en los municipios del Imperio 13,000 nuevos cursos de adultos.

La agricultura ha hecho grandes progresos desde el año 1852. Si en la actualidad se resiente de la baja del precio de los cereales, tengan en cuenta que esta es la consecuencia inevitable de la su abundancia de las cosechas y no de la supresión de la escala variable. Las transformaciones económicas desarrollan la riqueza general, pero no pueden remover obstáculos parciales ni evitar perturbaciones transitorias. He creído que será útil hacer una detenida investigación acerca del estado y necesidades de la agricultura, de la cual resultará, en mi sentir, la confirmación de los principios de la libertad de comercio; proporcionaré precisos datos y facilitaré el estudio de medios adecuados para aliviar las necesidades locales, ya para realizar nuevos progresos.

El incremento que habrán tomado nuestras transacciones internacionales no se ha detenido, y el convenio general que el año pasado era de más de siete mil millones ha crecido en 700 millones.

En medio de esta prosperidad, cada día mayor, hay espíritus turbulentos que, á pretexto de apresurar la marcha liberal del Gobierno, quisieran impedir su acción despojándole de la fuerza y de la iniciativa. Aprovechándose de una palabra del Emperador Napoleón I, que yo repito, confundir la instabilidad con el progreso. El Emperador, al declarar la necesidad del perfeccionamiento sucesivo de las instituciones humanas, quiso decir que los únicos cambios duraderos son los que se efectúan con el tiempo por el mejoramiento de las costumbres públicas.

Este mejoramiento ha de provenir de la calma de las pasiones y no de modificaciones intempestivas en nuestras leyes fundamentales. Qué ventaja puede haber, en efecto, su tomar al día siguiente lo que se desechó la víspera? La Constitución de 1852, aceptada por el pueblo, llevó á cabo la obra de fundar un sistema racional y sólidamente basado en el justo equilibrio entre los diferentes poderes del Estado. Se mantiene equidistante de dos situaciones extremas.

Con una Cámara árbitra de la suerte de los ministros, el poder ejecutivo ni tiene autoridad propia ni fuerza de acción y carece de derecho de examen si la Cámara no es independiente y no está en posesión de legítimas prerrogativas. Nuestras formas constitucionales, que tienen cierta analogía con las de los Estados Unidos, no son defectuosas porque se diferencian de las de Inglaterra. Cada pueblo debe tener instituciones adecuadas á su carácter y sus tradiciones. Ciertamente, todos los Gobiernos tienen sus defectos; pero al echar una mirada sobre lo pasado, me felicito al ver á Francia, al cabo de cuarenta años, respetada en el exterior, tranquila en el interior, sin presos políticos en las cárceles y sin desterrados al otro lado de las fronteras.

No se han discutido bastante por espacio de ochenta años las teorías gubernamentales? ¿No es útil el buscar hoy los medios prácticos de hacer mejor la suerte moral y material del pueblo? Ocupémonos en difundir por todas partes, además de las luces, las sanas doctrinas económicas, el amor del bien y los principios religiosos; tratemos de resolver por la libertad en las transacciones el difícil problema de la equitativa distribución de las fuerzas productoras, y esforcémonos en mejorar las condiciones del trabajo en los campos como en los talleres.

Cuando todos los franceses, gozando como gozan hoy de derechos políticos, hayan sido ilustrados por la educación, discernirán sin dificultad la verdad del error, y no serán seducidos por engañosas teorías; cuando todos los que viven del trabajo diario hayan visto acrecentarse los beneficios que produce la constante laboriosidad, lleguen de este modo á ser el firme sosten de una sociedad que garantice su bienestar y su dignidad; cuando, en fin, todos recien desde la infancia los principios de fe y de moral que elevan al hombre ante sus propios ojos, todos comprenderán que sobre la inteligencia humana, sobre los esfuerzos de la ciencia y de la razón, existe una voluntad suprema que riga los destinos de los individuos como los de las naciones.»

#### TELEGRAMAS.

(Servicioparticular de El Pensamiento Español.)

PARIS, 20. En la exposición relativa á la situación del Imperio, se dice que sigue su curso regular la ejecución de la Convención del 15 de Setiembre. El Padre Santo parece dispuesto á aprovechar las garantías que se le han ofrecido. Rolati vamente á la deuda, esperamos llegar pronto á un acuerdo con el Gabinete de Florencia, que el Sumo Pontífice podía aceptar sin comprometer su dignidad.

No emprendimos la expedición de Méjico con otro objeto que el de pedir reparación; nuestras tropas no están allí á título de intervención; el Gobierno se ha opuesto siempre á esta doctrina como contraria á los principios de nuestro derecho público y cuando, de acuerdo con el Emperador Maximiliano, se habían tomado las medidas necesarias para asegurar los intereses de nuestros nacionales, será fácil fijar la época en que volverá el cuerpo expedicionario.

FLORENCIA, 22.

M. Scialoja ha dicho que un empréstito como cualquiera otra medida extraordinaria es perjudicial al crédito; que se deben nivelar los presupuestos por medio de economías y contribuciones; ha protestado en contra de la rebaja del interés de la deuda pública y declaró que las economías ascenderán á 55 millones de francos y que el déficit actual de 211 millones se cubrirá por el aumento de impuestos ya existentes y la creación de otros, reduciéndose así á 80 millones.



## PARTE RELIGIOSA.

SANTOS DE HOY. Nuestra Señora de la Paz y San Timoteo, Obispo y mártir.

SANTOS DE MAÑANA. La Conversión de San Pablo, Apóstol, y Santa Eloy, virgen.

## CULTOS.

Se gana el Jubileo de Cuarenta Horas en la iglesia del colegio de Nuestra Señora de la Paz (calle de Embajadores), donde por la mañana habrá Misa mayor, y por la tarde letanía, Salve y reserva.

En San Isidro, San Lorenzo, San Pedro, San Ginés y Santa Catalina de los Donados habrá Misa cantada para la renovación de Sagradas Formas.

En la iglesia de San Antonio del Prado comienza la novena que anualmente se consagra a la Virgen de la Providencia: a las diez habrá Misa mayor con sermón, que predicará D. Francisco Zaldarriaga, y por la tarde en los ejercicios, que comenzarán a las cuatro, dirá el sermón D. Luis Peralta.

También dará principio en la iglesia de San Juan de Dios una devota novena a la Virgen de la Candelaria: todas las tardes comenzarán los ejercicios a las cinco y media, y predicará hoy D. Basilio Sánchez Grande.

Es el segundo día de la novena de Nuestra Señora de la Paz, en Santa Cruz, y será orador D. Lázaro Prieto.

Po la noche predicará en San Ignacio D. Cipriano Sevillano.

VISITA DE LA CORTE DE MARIA.—Nuestra Señora de la Encarnación, en su iglesia, ó en San Plácido; ó la de la Gracia, en su iglesia ó en San Ignacio.

Se reza de la Conversión de San Pablo, con rito doble mayor y color blanco, haciéndose conmemoración de las octavas de San Vicente y San Ildefonso.

## PARTE OFICIAL DE LA GACETA.

## PRESIDENCIA DEL CONSEJO DE MINISTROS.

S. M. la Reina nuestra Señora (Q. D. G.) y su augusta Real familia continúan en esta corte sin novedad en su importante salud.

## MINISTERIO DE ULTRAMAR.

Ha sido nombrado subsecretario de este ministerio D. Bonifacio Cortes y Llanos, director general que era de Administración y Fomento; y en la vacante que resulta, entra á ocupar el puesto D. Manuel Aguirre de Tejada.

## VARIETADES.

## NUESTRA SEÑORA DE ATOCHA.

## Ó LA

## RECONQUISTA DE MADRID.

## CRÓNICA DEL SIGLO OCTAVO.

## (Continuación.)

—¿Quiénes sois?...  
—Los demonios del infierno, que venimos por tí: exclamaba Pericote.

—¡Oh Dios!

—¿Nos tienes miedo, perillan?

—¿Qué quieres de mí?

—Pues no lo has oído, animal?

—No.

—Mandarte á los profundos con gente tan buena como tú.

—¡Ved que me estáis ahogando, voto al diablo!

—¡Eh! chitito... cuidado con lo que se habla... no se jura por los amigos...

—Déjale suelto, Pericote; decía Martín.

—¿Oyes?... voy á soltarte... pero al menor ademán de huir, del puñetazo que te descargo, te rompo la cabeza... ¿has entendido?...  
—Sí, respondió el paciente, que había comprendido que estaba perdido, pues había adivinado por la voz y más que todo por los ademanes, que se hallaba bajo el influjo maldito del brazo de Pericote.

—Guzmán... lo dijo Martín, vas á responder á lo que te voy á preguntar, y cuenta con lo que se dice, porque de lo contrario, mi compañero te relatará con razones á que no podrás resistir...

—Justamente... aseguro al aludido con tono de importancia.

Guzmán aun no había podido darse cuenta de lo que pasaba por él: tan brusca había sido la aparición. Pero al reconocer al atleta, tembló por sus espaldas, y no sabemos qué especie de desazon sintió correr por ellas, como si estuviesen dotadas de memoria, al verse delante del autor del bulto que aun conservaban.

—¿Quién armó tu brazo la noche que acometiste á Ruiz-Pérez? le interrogó Martín.

—No sé nada de eso que me preguntais, hablé lleno de timidez Guzmán.

—Si lo sabes... malvado; le gritó airado aquel.

—Os juro...

—No jures... es en balde...

—¡Bah!... ¡qué apostamos á que me obligas á hacer una de las mías! prorumpió Pericote.

—Responde sin rodeos ni ocultaciones...

—Nada sé...

—Puedes dar comienzo, compañero; ya sabes...

—Sí, entiendo... pues una vez que te empeñas, aunque no sea más que por política voy á probarte lo contrario; y descargó un furibundo golpe sobre el infeliz Guzmán.

Tres diversos ecos resonaron en el espacio; el fúnebre gemido del caído, una gran carcajada de Pericote, y el estampido de un trueno que los ensordeció un momento.

—¿Acabarás de responder?...  
—Pues ¡cuidado de mí! ¿qué me queréis?... ¿por qué me atormentáis?... ¡yo no os he hecho mal alguno!—¿Te atreverás á negar que fuiste uno de los asesinos?...  
—¿Quién sino yo te hizo ese bulto en la espalda?

—¡Pesa á tal, que si te atreves á negar, esta noche va á ser la última de tu vida!

—Una idea que se ha ocurrido... aseguró Pericote, como sintiéndose inspirado.

—¿Cuál?...  
—Curarle el bulto que le hice la otra noche.

—¿De qué manera? preguntó admirado Martín.

—De esta... Y dejó caer nuevamente el puño sobre sus espaldas, acompañando á la medicina otra sonora risotada.

—¡Por Dios!... ¡por todos los santos del cielo!... rogaba con acento compungido Guzmán al verse de tal manera medicado por aquel flamante doctor.

—¡Holá! ¡qué cristiano te has vuelto!... he aquí los primeros síntomas de la curación.

—Preguntadme lo que gustéis... yo responderé lo que sepa...

—Bueno... al fin acabaremos por entendernos...

—¡Vamos! ¡remedio santo hubo de ser el mío!...

—¡Es cierto que sirves á Juan Garcés! continuó Martín interrogándole.

—Desgraciadamente sí.

—¿Si se irá este convirtiendo? se preguntaba Pericote al escuchar tal respuesta.

—¿Pues él quien armó la emboscada contra Ruiz-Pérez?

—Cero que sí...

—Déjemonos de creencias... claro, claro se responde; observó Pericote.

—Bien... ¿y qué ha podido mover á tu amo á cometer ese asesinato?...

—Lo ignora... yo sirvo á quien me paga, sin inquirir la intención que lleve en ello.

—¿Pero no comprendes, grandísimo bruto, que alguna vez has de pagar los crímenes que cometes, instigado por él? dijo el gigante sin poderse contener.

—No vale esa excusa... bien sabes el fin de tu amo en ese crimen... habla ó...

—Pues... lo propio otra segunda toma...

—Está enamorado de Clara, la hija de Gracian; y aborrece á Ruiz-Pérez como á un rival afortunado; observó Guzmán.

—¿Cómo es cierto lo que acaban de pronunciar tus labios?...

—Ya, ya vamos; ¡voy comprendiendo!... exclamaba asombrado Pericote.

—¿Y qué se propone ahora, al ver que le salió frustrado su asesinato?...

—No lo sé...

—¡Hombrel! ¡qué me cuentas! ¡conque lo ignoras, eh! pues mira, maldito si te creo; y para probarte, allá va la segunda pélica... y levantó de nuevo su formidable puño.

—Espera, repuso Martín deteniéndolo.

—¡Por la Virgen Theotoca! suplicaba Guzmán al ver la nueva tormenta que le amenazaba.

—Escucha, Guzmán; no se me oculta que tu eres el cómplice de todos los crímenes que ese hombre ejecuta en las sombras de la noche. Vas, pues, á darme lo que sepa sin ocultar nada.

—Pero ¡miser! de mí ¿cómo me revela todos sus pensamientos? no, yo os lo juro, ignoro lo que me preguntais.

—¿Con que no hay medio de que hables, eh?...

—Vamos, amigo, puedes proseguir con tu nuevo método curativo.

—Mucho lo siento, hijo mío, pero como la medicina es infalible, tu curación es antes que nada; segunda toma.

Y descargó un nuevo golpe sobre su espalda; mas el infeliz murió el cuerpo cuanto le fué posible, pero con tan mala estrella, que el puño vino á caer en medio de su rostro, dejándole casi aplastadas las narices, y haciéndole derramar sangre en abundancia.

—¡Basta, basta! vaya mi señor á los infiernos, ya no quiero ocultar nada. Hablaré, os diré todo cuanto sé, aunque luego me dé la muerte en un arrebato de furor cuando sepa que lo vengo.

—Cuando digo yo que soy el mejor médico para esto de curar bollos y otros excesos...

—Habla, pues.

—¡Noche funesta! ¡Oh, mis pensamientos, no eran vanos!

—Déjemonos de lamentaciones...

—Mi amo maquinaba un medio nuevo, de acabar con Ruiz-Pérez.

—¿Y cuáles ese medio?...

—Si, sí, ¿cuál es?...

—Pretende robar á Clara... llevarla á Madrid... y allí atraer de cualquier manera al joven, haciéndole desaparecer de la vista de todos lo mismo que á Clara... y darle muerte en la oscuridad, de modo que nadie sospeche lo que al joven acontezca.

—¡Oh! ¡qué infamia!

—¡Picardía más grande no he visto en mi vida!

—¿Y para cuándo piensa realizar esa iniquidad?...

—Espera que se presente una ocasión propicia...

—Bien está... dime ahora... ¿qué ha ido á buscar en Madrid esta noche?...

—Por mi vida que no lo sé...

—¿Volvemos á las andadas?... observó Pericote.

—Es la última pregunta que te hago...

—¿Pero no ves, gran bellaco, que si de nuevo recales te propino la tercera toma?...

—No, por Dios gemía Guzmán, que realmente no sabía qué responder, pues ignoraba lo que Garcés iba á hacer en Madrid á tales horas.

—Pues acaba con mil santos...

—Va á Madrid... á buscar cuatro hombres fornidos que verifiquen el rapto de la jóven, murmuró inventando de su cosecha por responder algo.

—¡Holá! parece que en Rivas ya no hay quien quiera servir á tu amo?...

—Así es... desde la otra noche no hay quien se atreva á prestarse á sus deseos, pues dicen que el animal de Pericote vela por ellos...

—¡Mira, déjate de piropeos! ¡hábrase visto bruto como estás!... ¡por mi alma que estaba tentado de hacerte un carino de parte de ese tal Pericote, que es un guape muchachito... muy amigo mío!

—Oye, Guzmán, pronto volverá tu amo; aquí le entrego este pergamino, que á tu vez le entregará cuando torne de Madrid.

—¿Un pergamino?... ¡no entiendo!...

—¡Ni te importa, pedazo de alcoraquel! haz lo que se te manda y calla, le interrumpió Pericote.

—Ya lo sabes... y si te preguntan quién te lo ha dado, responderás que los mismos demonios...

—¡Saludos del infierno!... continuó Pericote.

—Bien está...

—Y cuidado con lo que se dice... porque...

—¡Porque te busco y te acabo de curar por este nuevo método!

—Eso es... adiós, Guzmán...

—Que haya mejoría... animal.

Y se retiraron ambos, dejando á Guzmán de la ma-

nera alicativa en que le balló su amo á su vuelta de Madrid.

## CAPITULO XIV.

## Que es corto hasta en el epigrafe.

Habrá echado de ver nuestros lectores que el autor se ha como olvidado por completo de otros dos personajes de nuestra crónica, cual si hubieran desaparecido de la escena por escotillon para no volver á levantarse de nuevo. Nos referimos al pajecito Jimeno y á la jóven María, hija del escudero y Alonsa.

Sin embargo, no se crea que somos tan flojos de memoria ni tan desatentos, que ó nos hayamos olvidado de tales seres, ó no hayamos querido volver á decir nada de ellos.

El desenvolvimiento que hemos dado á la narración, hámoslo forzado á seguir tal línea de conducta, porque nos ha parecido conveniente atender ántes á lo principal y luego á lo accesorio.

Diremos tan sólo que el sentimiento que se despertó en las almas de los dos jóvenes eran los primeros albores de un amor puro é infantil, inocente como lo eran sus pensamientos, dulce y risueño, como risueñas y dulces eran las primeras ilusiones de sus corazones vírgenes.

María era la inocencia misma; no comprendía que hubiese en el mundo sino almas candorosas como la suya: la maldad y el crimen, ni sabía siquiera que existiesen, ni que hubiera quien abrigase sino pensamientos rectos y puros.

Jimeno era un niño, inocente si como María, pero sin creer por eso que el mundo fuese la mansión de los ángeles, sabía que en él mezclados con los buenos, como la zizaña, entre el trigo, había no pocos hombres de rateras intenciones y de malvados pensamientos.

Así aunque ambos eran inocentes, aquella éralo para no pensar mal de nadie, y este para tener dispuesto siempre su brazo en defensa del caído y en contra del criminal.

O lo que es igual, la inocencia de María era la inocencia de la mujer, la del paje era la del hombre.

Véase cómo sus almas se comprendieron y se amaron.

La inocencia tiene la propiedad de unir entre sí con dulces lazos á los buenos, así como el crimen sabe reunir á los malos.

Y es porque está en nuestra propia naturaleza, en la razón íntima de nuestro ser, el dejarnos cautivar por aquello que más está en conformidad con nuestros sentimientos.

Así se asimilan dos corazones que aman una misma cosa.

Y á la manera que se confundon dos iguales notas de distinta escala musical, así se confunden dos almas que sienten y piensan, obran de una misma manera.

Véase, pues, cuán profunda filosofía encierra la máxima que enseña que el amor es un alma que habita en dos cuerpos.

Decía un historiador de la antigüedad que en amar lo mismo y aborrecer lo mismo que otro, consistía realmente la verdadera amistad.

Esto se decía, 40 años ántes de la venida de Jesucristo al mundo, por un gentil.

El libertador del género humano, el que abrasado en llamas de infinito amor vino á sembrar y á regar en la tierra con su preciosa sangre el árbol de salvación, árbol del cual habían de recoger bellos frutos todos los cristianos, estableció un principio común, que abrazase á todos los hombres, que á todos los cobijase é hiciese de todos una sola familia.

Este principio es la caridad.

Fuente preciosa de aguas de salvación, que dan solaz y refrigerio á los que á ella se llegan sedientos!

¡Fuego que todo lo consume con su ardiente llamar!

¡Caridad! ¡caridad! cuyos eslabones, saliendo del mismo cielo, vienen á tocar la tierra, y enlazan á millares de seres que ni aun se conocen, pero que laten á un mismo sentimiento!

¡Caridad! ¡palabra hasta desconocida del mundo pagano, pronunciada por primera vez en la tierra nada más que por los angustios labios de un Dios!

¡Caridad! ¡sentimiento de infinita eficacia, que aliena á los tiempos, que todo lo realiza, que nada teme, que atraviesa los mares por el bien de los hombres, que padece hambre, sed, frío y toda clase de trabajos y hasta la misma muerte!

¡Caridad! ¡Voz que llena los espacios y pregonza paz y bienandanza á los mortales!

¡Qué hermosa eres!

¡Tan hermosa como el mismo Dios, porque Dios es caridad!

Véase cómo un sentimiento puramente humano, cual lo es el amor, ha sido purificado, engrandecido y elevado á la altura de la primera de todas las virtudes.

Pero no es nuestro ánimo escribir largamente de esta sublime virtud.

Basta: no sea que empañemos su brillo, porque es poderosa como la divina dulcencia y su robustez cuando se ensalzan sus acciones, porque la modestia es la perla más preciosa de su corona.

Pues eso que en el orden de la gracia produce la caridad en la tierra, eso se realiza también aunque en menor escala y á modo humano, entre dos almas que se tocan y piensan lo mismo, entre dos corazones que palpitan á unos mismos sentimientos.

El sabio encuentra contento en leer las obras de los sabios.

Las almas de cierto temple simpatizan las unas con las otras.

Balmes, esa lumbrera del siglo diez y nueve, gozaba en leer las biografías de los hombres grandes.

Santa Teresa de Jesus, esa gran santa que aun considerada como mujer ha merecido alabanzas por sus escritos, hasta de los mismos incrédulos, asegura que tenía grandes simpatías para ella San Pablo y San Ignacio de Loyola.

¿Para qué acumular ejemplos que sean á la vez pruebas de la que vamos diciendo?

Que las simpatías existen es un hecho indudable. Eso no sé qué, que notamos en algunas personas, ninguno lo sabe explicar.

Pero es lo cierto que sin que sepamos darnos la razón de por qué nos agrada una persona, nos agrada. Eso... que tiene simpatías para nosotros.

Esta es la única razón que damos no pocas veces, y sin embargo, algo hemos visto en esa persona que se identifica con nuestros sentimientos.

Y basta de simpatías.

Y aquí cerramos este capítulo.

Porque, una de dos: ó agrada, ó no á nuestros lectores; si lo segundo, desagrada á menos, por ser cortos; si lo primero, agrada á más, porque no causa.

## CAPITULO XV.

Si el impío hiciere penitencia de todos sus pecados, que cometió... verdaderamente vivirá y no morirá. De todas sus maldades que él obró, no me acordaré. (Ezequiel, cap. XVIII, vers. 21 y 22.)

Apenas penetró en Rivas Juan Garcés y se ocultó en su casa, dió orden de ir á recoger á Guzmán y de encerrar al caballo en casa de algún amigo.

Y á la luz de una lámpara leyó con avidez aquel escrito que se le decía enviado nada menos que de los infiernos.

Por el camino había imaginado que sería afecto de alguna burla jugada á Guzmán por algunos chuscos, pero apenas empezó á descifrar los garabatos que estaban grabados en el pergamino, pátose el asombro en su rostro; siguió leyendo con las manos crispadas, mudo de admiración, y al devorar la última palabra cayó anonadado en un asiento.

¿Era el temor ó la rabia lo que se había despertado en el alma de aquel hombre?

Era una mezcla de admiración, de temor, de asombro y de desfallecimiento.

¿Qué pensamientos surgían en aquel alma tan perseguida?

¿Qué podía intimidar á aquel hombre, que había puesto por lema de su bandera en todas sus acciones el arrojo y el crimen?

Un temblor frío corrió por todos sus miembros hasta penetrar en la médula de sus huesos.

¿Qué misteriosas palabras habían sido escritas en aquel pergamino que tal revolución habían obrado en su alma?

Nuevamente cogió el escrito que sus manos habían dejado deslizar al suelo; necesitaba leerlo otra vez para convencerse de que no era juguete de un sueño.

Leyó, leyó, y desgraciadamente para él, no era un sueño, era la realidad.

El escrito estaba allí, amenazador, como un juez severo que pronuncia la fatal sentencia; cada una de aquellas palabras mal fraguadas, pero que envolvían un terrible sentido, era un puñal que iba á clavarle en su corazón.

El que hacía temblar en su presencia á tantos otros, temblaba á su vez á la vista de unos negros caracteres.

Largo rato permaneció sumido en este paraisismo.

¿Qué historia pasaba por su memoria en aquellos momentos? ¿qué recuerdos tristes surgieron en ella? ¿qué sentimientos se agolgaron á su corazón oprimido, que parecía saltar y querer salirse del pecho?

Ello es que al cabo de dos terribles horas de lucha el orgulloso y vengativo Garcés, el mal amigo y encubierto traidor derramaba gruesas lágrimas de sus hinchados ojos.

¡Juan Garcés lloraba!

¿Eran lágrimas de rabia ó de arrepentimiento? Horrible lucha tenía lugar en el alma de Garcés. Por una parte luchaba su corazón pervertido, aviado al crimen, sin haber gustado jamás el delicado sabor de la virtud; mansion donde se habían fraguado siempre tan negras felonías, tan horrendos crímenes, sin que le doblegasen jamás los ayes del desgraciado ni el grito de su conciencia empedernida.

(Se continuará.)

## Mercado de Madrid.

ENTRADA POR LAS PUERTAS EN EL DIA DE AYER.  
3410 arrobas de trigo.  
2143 arrobas de harina de idem.  
12637 arrobas de carbon.  
107 vacas que componen 43322 libras de peso.  
263 carneros que hacen 7892 libras de peso.  
237 corderos degollados que hacen libras de peso 50639.

PRECIOS DE ARTICULOS AL POR MAYOR Y MENOR EN EL DIA DE AYER.

	Reales vellón	Quinto
	arroba.	libra.
Carnes de vaca...	51 á 53	26 á 36
Id. de carnero...	4 á 28	26 á 36
Id. de cordero...	4 á 5	4 á 5

Id. de ternera...	90 á 98	50 á 60
Despejos de cerdo...	4 á 5	4 á 5
Tecido añejo...	90 á 94	30 á 28
Id. fresco...	4 á 5	4 á 5
Id. en canal de cerdo...	62 á 66	4 á 5
Lomo...	4 á 5	45 á 50
Jamon...	124 á 134	51 á 60
Acetate...	66 á 69	18 á 20
Vino...	40 á 44	12 á 14
Pan de dos libras...	4 á 5	11 á 13
Garbanzos...	44 á 44	19 á 20
Judias...	26 á 34	11 á 13
Arroz...	20 á 38	11 á 12
Lentejas...	19 á 23	8 á 10
Carbon...	7 á 8	8 á 10
Jabon...	65 á 68	21 á 22
Patas...	5 á 8	2 á 8

## REAL OBSERVATORIO DE MADRID.

Observaciones meteorológicas del día 23 de Enero de 1866.

HORAS.	Barómetro reducido á 0° en milímetros.	TEMPERATURA EN GRADOS.		Dirección del viento.	Estado del cielo.
		Reaumur.	Centigr.		
8 m.	716.29	0° 5	0° 6	S.S.E.	Celajes
9 m.	716.77	2° 4	3° 0	S.S.E.	Nieblas.
12 m.	715.84	8° 2	7° 8	S.S.E.	Nubes.
3 p.m.	713.85	11° 0	13° 7	O.N.O.	Idem.
6 p.m.	713.70	7° 8	9° 7	N.N.E.	Llovizna.
8 noche.	713.95	5° 8	6° 9	N.N.E.	Desp.

Temperatura máxima del día... 11° 6

Temperatura máxima al sol... 21° 8

Temperatura mínima del día... 0° 1

Evaporación en las 24 horas... 0,6 milímetros.

Lluvia en id. id... 0,2 idem.

DIRECCION GENERAL DE TELEGRAFOS.

No se ha recibido el anuncio.

## ANUNCIOS.

## DRAMAS ORIGINALES EN VERSO

POR EL PRESBITERO

Don José María León y Domínguez.